La intervención soviética en España

Posted on 1 de mayo de 2008 by Stanley G. Payne

Los militares insurgentes que desencadenaron la Guerra Civil en julio de 1936 anunciaron que su justificación primordial era «salvar a España del comunismo» y abortar un golpe comunista proyectado para el mes siguiente. Mientras que la izquierda pasó a definir el conflicto como una lucha entre «democracia y fascismo», la derecha lo tildó de contienda entre «la civilización cristiana y el comunismo». La intervención alemana e italiana del lado de los nacionales pareció confirmar la primera interpretación, mientras que la participación soviética en apoyo de la República fue utilizada para validar la segunda.

La intervención soviética resultó ser, incluso, más controvertida que la de las potencias del Eje, aunque sus consecuencias militares no fueron tan importantes. Los motivos soviéticos, sin embargo, eran más complejos y suscitaron una enorme controversia. En 1939, Walter Krivitsky los calificó de «el gran misterio de la Guerra Civil», mientras que Gerald Howson observó seis décadas después que el papel soviético «ha provocado más preguntas, perplejidad y acerba controversia que cualquier otro tema en la historia de la Guerra Civil española».

La paradoja inicial aquí es que, antes del comienzo del conflicto, el Partido Comunista de España era todavía una organización relativamente pequeña, aunque en rápido crecimiento. Antes de 1936 había sido durante dieciséis años verdaderamente insignificante, pero hizo su primera gran irrupción en escena tras la insurrección revolucionaria de 1934 y, gracias al Frente Popular, alcanzó por primera vez una modesta delegación parlamentaria en febrero de 1936.

Esto fue posible gracias al cambio y la moderación de la línea del partido adoptada por el congreso del Comintern en 1935, que abandonó el extremismo sedicioso en favor de las alianzas políticas parlamentarias. En junio de 1936 esto había provocado una situación anómala en la que el Comintern, que había predicado la revolución directa y la guerra civil durante quince años, había empezado a temer de repente el estallido de la guerra civil en España, por lo que su objetivo pasó a ser, por el contrario, impedirla. La victoria del Frente Popular había creado un precedente único en la historia del Comintern, en el que un partido comunista se asociaba con un Gobierno izquierdista elegido legalmente empeñado en cambios radicales fundamentalmente por medios parlamentarios, mientras que un gran enfrentamiento civil amenazaba con modificar radicalmente una situación tan favorable.

La Guerra Civil que estalló, contraviniendo los deseos de Moscú (que no estaba planeando con seguridad ningún golpe en España), le puso a Stalin ante un dilema. Hitler y Mussolini intervinieron enseguida a favor de los insurgentes, pero una intervención soviética en apoyo de la facción contraria resultaba mucho más difícil y logísticamente compleja, y podía dar lugar a complicaciones políticas y militares aún mayores. Al mismo tiempo, los comunistas de todo el mundo, y también en la Unión Soviética, esperaban que el único Estado revolucionario del mundo actuara directamente para prestar su ayuda en la única revolución izquierdista violenta que estaba teniendo lugar en el mundo, entonces aún en vigor en la zona republicana.
La reacción de Stalin, inicialmente cautelosa, fue a más con el paso del tiempo. Se proporcionó una cierta ayuda económica y técnica en agosto, pero la decisión de enviar ayuda militar directa no se tomó hasta mediados de septiembre. Las armas y el personal militar empezaron a llegar a la zona republicana a finales de octubre y desempeñaron un papel fundamental a la hora de frustrar el ataque de Franco sobre Madrid, prolongando, por tanto, la contienda indefinidamente. La ayuda soviética fue esencial para apoyar la campaña bélica republicana y, aunque disminuyó proporcionalmente en la segunda mitad de 1937, se mantuvo en una medida u otra hasta el final mismo del conflicto.

Operatsiya «X» de Yuri Rybalkin, subtitulada «La ayuda militar soviética a la República», se publicó inicialmente en Moscú en 2000 y constituye el primer estudio monográfico completo del tema tomando como base la investigación realizada en los archivos soviéticos. Rybalkin es un oficial de artillería profesional ruso que había alcanzado ya el rango de teniente coronel cuando se dispuso a preparar una tesis doctoral sobre la intervención soviética, lo que daría lugar al presente libro, que ahora podemos leer en una traducción española.

Stalin y España, el título seleccionado por la editorial Marcial Pons, es de suponer que con el fin de atraer a un mercado más amplio, resulta inexacto, ya que este estudio no intenta en absoluto abordar los temas de mayor alcance de la política de Stalin hacia España. El breve capítulo introductorio, que se esfuerza por establecer el marco de la política soviética, constituye la parte más floja del libro. El capítulo más extenso, que versa sobre la «Operación X» Es una inexactitud técnica traducir el título original como «Operación X» en un idioma basado en el alfabeto latino, ya que en cirílico, que deriva su «X» del griego, la consonante no es «equis», sino «kha» o «ja», el equivalente de la «jota» en castellano. Siendo más precisos, por tanto, debería denominarse «Operación Kha» u «Operación J». –el nombre en clave para designar la intervención militar–, trata de la estructura, el carácter, el calendario y el alcance de los envíos de armas soviéticos, así como del papel desempeñado por el

personal militar soviético. Siguen breves capítulos sobre problemas clave relacionados y sobre los usos que se hicieron de la guerra española, así como de sus presuntas lecciones. Un epílogo aborda los costes de la intervención y los costes comparativos de otras acciones militares soviéticas en el extranjero, principalmente durante la Guerra Fría. Como el libro original en ruso sólo tenía ciento cincuenta páginas, a la edición española se han incorporado cuatro documentos sustanciales. Cada uno de ellos consiste en un informe soviético trascendental enviado a Moscú, de los que el más importante es el detallado análisis de la situación militar preparado por el joven general Grigori Shtern, uno de los más importantes asesores soviéticos (conocido en España como «General Grigorevich»), en octubre de 1937. Finalmente, el libro concluye con una útil bibliografía que recoge todas las publicaciones más importantes en ruso sobre la guerra española, si bien el conocimiento del ruso es extremadamente infrecuente entre los historiadores españoles.

La primera parte del capítulo clave sobre la «Operación X» se dedica a explicar la estructura y la organización de las *igreki* («igriegas»), el nombre que recibían los transportes marítimos individuales a España. Se trataba de una empresa única y compleja de larga distancia en la que los soviéticos no tenían ningún tipo de experiencia, pero que se planificó con el máximo cuidado y secretismo, y que generalmente se llevó a cabo con gran éxito, a pesar de las debilidades de la marina mercante soviética. La tarea se vio complicada a mediados de 1937 por la creciente agresividad de los buques de guerra de Franco y los submarinos de Mussolini en el Mediterráneo, lo que supuso cambiar la ruta de transporte al norte de Francia, así como el consiguiente transbordo, más lento y más costoso, hasta la zona republicana después de atravesar Francia. En 2007, sin embargo, la publicación en España de trabajos recientes de Daniel Kowalsky y Ángel Viñas logró explicar hasta cierto punto el complejo sistema de transporte soviético.

Las estadísticas del volumen total de armas soviéticas que aquí se presentan no añaden nada nuevo a los estudios precedentes, pero Rybalkin sí que aborda el tema de la calidad y la eficacia. Admite que es posible que se enviaran algunas armas anticuadas, pero subraya con precisión que las nuevas armas clave –aviones y tanques– eran las mejores con que contaban los soviéticos y, de hecho, durante 1936-1937 eran las mejores que podían encontrarse en cualquiera de los dos bandos de la guerra española. Resulta más discutible que se tratara fundamentalmente de armas «defensivas», ya que ni los tanques ni los rápidos bombarderos soviéticos podían clasificarse como tales.

La sección de veintiuna páginas sobre el trabajo de los asesores militares soviéticos es muy útil y constituye el mejor tratamiento del que disponemos. Rybalkin calcula que un total de aproximadamente seiscientos asesores y técnicos militares soviéticos prestaron sus servicios en España, un número considerable, pero, sin embargo, posiblemente inferior al total de sus

homólogos alemanes e italianos en el otro bando. Una diferencia fundamental fue que los asesores alemanes se concentraron mucho más en ayudar a formar a los oficiales y suboficiales del Ejército Nacional. Los asesores soviéticos hicieron lo mismo para el Ejército Popular, pero en un grado significativamente menor, ya que se les asignó fundamentalmente la función de asesorar a todas las unidades de mayor tamaño del ejército, la armada y la fuerza aérea republicanas, dominando las unidades de tanques y gran parte de la fuerza aérea, así como, durante un tiempo, la armada. De vez en cuando muchos de ellos se concentraban en un solo frente para prestar ayuda en importantes ofensivas republicanas. Rybalkin señala que, aunque habían sido seleccionados cuidadosamente, su calidad distaba de ser uniforme, y varió también la eficacia de su trabajo, dependiendo de diversos factores. Fueron comparativamente pocos los que murieron, y muchos de ellos regresaron para ocupar puestos de mando importantes en la Unión Soviética, aunque algunas de las figuras más notables fueron pronto ejecutadas por Stalin.

Igualmente importantes son las veinte páginas dedicadas a la participación de los militares soviéticos en las operaciones de combate republicanas. Al frente de esta tarea estuvieron 772 pilotos y tripulantes soviéticos que volaron en España, seguidos de 351 tripulantes de tanques, un centenar de oficiales y tripulantes de artillería y grupos más modestos en otros ámbitos. Estas cifras son muy inferiores a las elevadas cifras de personal militar italiano y alemán que combatieron en la guerra, pero fueron especialmente importantes desde el otoño de 1936 en las unidades aéreas y de tanques republicanas que lucharon en el frente central, donde constituyeron durante un tiempo una parte significativa del personal de combate especializado. Los nuevos y veloces bombarderos y aviones de combate soviéticos, especialmente, eran máquinas difíciles de manejar y requerían de tripulantes cualificados. Durante 1937 y la primera parte de 1938 el personal de combate soviético fue sustituido cada vez más por españoles, hasta que a finales de ese mismo año habían desaparecido virtualmente.

Rybalkin cita impasible informes soviéticos que afirman que desde el día en que los aviones soviéticos entraron en combate por primera vez el 25 de octubre de 1936 hasta el 1 de julio de 1938, la fuerza aérea de Franco había perdido 572 aviones en combate, en comparación con sólo 163 bajas en el bando republicano. Esta distorsión obedece simplemente a la tendencia habitual entre los aviadores de combate a exagerar el número de aviones enemigos que han derribado. En el momento culminante de la batalla de Inglaterra, por ejemplo, la RAF informó, el 15 de septiembre de 1940, que más de 150 aviones alemanes habían sido derribados en un solo día. Después de la guerra, los archivos de la Luftwaffe revelaron que los alemanes habían perdido únicamente 53 aparatos, y el nivel de exageración parece haber sido más o menos el mismo en los informes soviéticos.

Resulta notable que durante este mismo período la fuerza aérea republicana perdiera tantos aviones en accidentes como en acciones enemigas. Este tipo de bajas fueron relativamente habituales durante la época de la Segunda Guerra Mundial, pero fueron especialmente altas en la Unión Soviética y en la fuerza aérea republicana debido a un adiestramiento y unas prestaciones inadecuados.

Las únicas fuerzas con tanques de importancia en la guerra española fueron las proporcionadas por los soviéticos, ya que sólo los tanques soviéticos poseían un blindaje sustancial o contaban con cañones de importancia, diferentes de las ametralladoras. Los historiadores militares consideran generalmente que sus operaciones fueron un fracaso, debido sobre todo a la inadecuada preparación técnica del Ejército Popular, que se mostró incapaz de llevar a cabo grandes operaciones de «armas combinadas», imposibilitando apoyar iniciativas de unidades blindadas con el resto del ejército. Así, los logros de los tanques soviéticos, ya fueran manejados por personal soviético o español, tendieron a ser más defensivos que ofensivos, aunque tuvieron éxitos ocasionales en operaciones ofensivas, como sucedió en la primera fase del ataque de Teruel.

En conjunto, Rybalkin calcula que un total de cuatro mil militares y especialistas civiles soviéticos (fundamentalmente, por supuesto, los primeros) prestaron servicio en España, una cifra ligeramente superior a la de cálculos anteriores, pero que equivale a no más de una cuarta parte del número de alemanes en el bando contrario. De ellos murieron alrededor de doscientos, con la cifra más alta de bajas entre los tripulantes de aviones, de los que perecieron noventa y nueve. El máximo número en cualquier momento osciló entre seiscientos y ochocientos, aunque el número descendió durante 1938, y a finales de marzo de 1939 quedaban únicamente cincuenta y cinco. Un total de cincuenta y nueve militares fueron condecorados como héroes de la Unión Soviética.

Rybalkin afirma que la experiencia soviética en España combatiendo al llamado «trotskismo» y a la «Quinta Columna» aumentó la paranoia de Stalin y contribuyó al alcance que tuvo su «Gran Terror» en la Unión Soviética durante 1936-1939, especialmente por su incidencia en el Ejército Rojo. Puede que las cosas fueran así, pero no se aducen pruebas muy relevantes para sostener semejante afirmación. Del mismo modo, la breve sección sobre el transporte del oro español y su uso para pagar las armas y otros bienes no es mucho lo que añade a lo ya investigado previamente por Ángel Viñas. Rybalkin no se ocupa del tema, suscitado inicialmente por Gerald Howson, de que Stalin podría haber estado cobrando sistemáticamente de más al Gobierno republicano, pero sí resultan interesantes los datos que cita del principal estudio soviético sobre la «Operación Z», el amplio programa soviético para enviar armas a China de 1937 a 1941, que indican que por sólo 122 millones de dólares (mucho menos de lo gastado por el Gobierno republicano), los chinos recibieron más aviones

y un número similar de piezas de artillería, aunque menos ametralladoras y muchos menos tanques. Si se comparan el coste total y el número de armas recibidas, parece que los chinos consiguieron unas condiciones económicas mucho mejores.

La parte más abiertamente original del libro es el capítulo 4, «La experiencia de la guerra española y su importancia para la evolución militar soviética». Esto nos brinda el primer estudio detallado del gran esfuerzo realizado por el Ejército Rojo para estudiar y analizar virtualmente todos y cada uno de los aspectos importantes de la guerra española, incluidas todas las tácticas y sistemas de armas, así como otros aspectos. El único estudioso occidental que ha valorado plenamente esto parece haber sido la historiadora militar estadounidense Mary Habeck, que escribió en 2000 que «los oficiales soviéticos […], al contrario que sus homólogos alemanes, creían que el conflicto "español" presentaba un panorama válido de una futura gran guerra», y que «los mandos soviéticos se convencieron de que el conflicto constituía un modelo fiable de guerra moderna y trataron cada nueva experiencia de combate como una valiosa lección de cómo había de luchar el ejército soviético en el futuro». Por primera vez, Rybalkin revela el alcance de los estudios, conferencias, seminarios y publicaciones especializadas dedicadas a la guerra española por parte del Ejército Rojo.

No hay duda de que los soviéticos aprendieron importantes lecciones sobre un gran número de aspectos diferentes de temas militares y también mejoraron algunos de sus sistemas armamentísticos, pero la enseñanza citada con más frecuencia por los historiadores militares occidentales guarda relación con su principal y más grave error. Al pensar que la intervención limitada de las unidades blindadas en España mostraba que constituía una equivocación emplear estas unidades de manera masiva, los soviéticos desmantelaron en 1939 sus concentraciones de blindados, reasignando tanques en pequeños números a divisiones de infantería, un error del que sólo cobraron conciencia un año después, tras la caída de Francia.

En su conclusión, Rybalkin realiza una serie de interesantes observaciones relativas a la intervención en España en comparación con muchas otras iniciativas soviéticas por todo el mundo a lo largo de un período de siete décadas. Ha elaborado una tabla en la que detalla los casos principales entre 1950 y 1990, señalando que el Gobierno soviético ofreció diversas justificaciones para sus intervenciones, aunque concluye que en la mayoría de los casos resultaba difícil entender exactamente qué intereses soviéticos estaban defendiéndose. Observa irónicamente que los soviéticos fueron recompensados directamente en términos económicos por sus esfuerzos sólo en la «Operación X». Sin embargo, aunque Stalin se cuidó de limitar el alcance de la implicación soviética en España, antes de entonces sólo las campañas en Mongolia y Manchuria habían sido de más envergadura, y posteriormente la

única intervención soviética de mayor magnitud en tiempo de paz fue la de Afganistán.

Para evitar complicaciones políticas, la intervención en España se vio envuelta durante mucho tiempo en un total secretismo dentro de la Unión Soviética y sólo empezó a ser objeto de atención pública tras la muerte de Stalin. En años posteriores, el goteo de publicaciones se convirtió en un torrente con la aparición de un número incesante de estudios y memorias. El apoyo de la República española fue una causa genuinamente popular en la Unión Soviética en el período 1936-1939 y, a pesar de su fracaso militar y político, de todas las intervenciones militares soviéticas ha seguido siendo la recordada de un modo más favorable.

Traducción de Luis Gago

Autor: Yuri Rybalkin

Edicion: Marcial Pons, Madrid

Paginas: 264 pp.

Precio: 22 €

Titulo: STALIN Y ESPAÑA: LA AYUDA MILITAR SOVIÉTICA A LA REPÚBLICA